

El ulular de un tecolote

Fatima GalBos

Observé mi reflejo en el viejo espejito en la pared de la cocina, ese que cuelga desde hace años y al cual miro de reojo cada que llega un nuevo cliente.

"¡Guapa!", ¿no es eso lo que me dicen las decenas de comensales jornaleros que entran y salen semana con semana?

"Guapa"...

Me miro en la superficie borrosa a causa de la grasa y los vapores que nunca logro quitar del todo con vinagre.

Mi rostro apenas si da cuenta del tiempo. Mi piel lozana, mis ojos negros y brillantes como un par de aceitunas, mis labios carnosos...

No podría ser de otra manera, pues pagaría severamente el más mínimo atisbo de la edad. ¿Acaso no las mujeres somos deseo hasta que nos convertimos en terror?

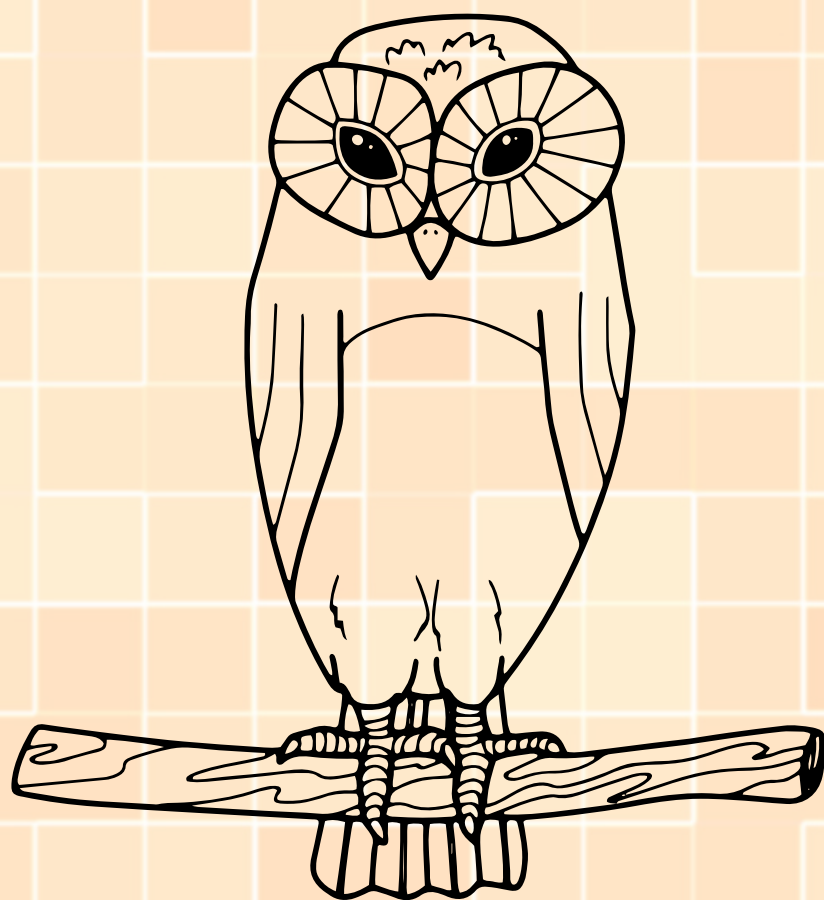


La virgen o la bruja, no parece haber nada en medio.

Me coloco el cabello detrás del oído, y me arreglo el mandil antes de salir a repartir la sopa del día. Incluso antes de emerger de la cocina, puedo sentirlo.

“Hombres...”, la palabra se me escapa de la boca en un suspiro.

“Uuuu-uuuuuuuu”, escuché el ulular de Rui. Sus ojos ambarinos resplandecen de repente, observándome fijamente desde su percha favorita en una esquina de la cocina. Su cabeza siempre sumergida en sombras; tan solo las plumas de su pecho brillan con el sol de las seis de la tarde.



“¿Debo interpretar eso como un reclamo, Rui? Yo que tú, me andaba con cuidado. Hoy no es cualquier noche. Pórtate mal y me lo pensaré dos veces antes de llevarte conmigo.”

“Uuu...”, me responde el tecolote, al tiempo que su mirada, aún fija en mí, parece perder un tanto de su fulgor desafiante.

Le sonrío,
he de admitir,
juguetonamente.



Tomo la charola con los tazones de sopa y salgo al acogedor comedor, con sus cuantas mesas y sillas de madera.

Admiro un segundo la clientela del día. Puro jornalero lujurioso agazapado, con una actitud más rapaz que la del propio Rui, el tecolote.

Sé lo que piensan...Conozco sus mentes. Las he visto correr en círculos sobre la superficie acuosa de sus ojos. Ninguno como él.

Nadie ha llegado que se le asemeje siquiera. Nadie como él, el arriero que un día entrara al comedor con el pecho sudoroso pero fragante a especias, a sol, a tierra negra y flores silvestres.

Recuerdo aquel pecho firme bajo la camisola de algodón. Recuerdo la tensión de sus músculos al acariciarme y el fulgor obstinado en su mirada.

Las memorias repentinas de Rodrigo me asedian mientras coloco los tazones frente a los comensales que no paran de murmurar piropos indiscernibles a mi oído; ya me acostumbré a convertirlos en un ruido parecido al del agua hirviendo.



Más audibles son las palabras que Rodrigo me dijo alguna vez al oído, ahora propagadas en la memoria como un eco interminable. Palabras de melcocha. Palabras de terciopelo. Palabras fantásticas, engañosas, traicioneras...



"Uuuuu-uuuuu", escuchó el ulular del tecolote, por encima del barullo de los hombres.

"Maldito, tecolote", dice uno de ellos, un hombre mayor, al tiempo que se persigna. "Lo he visto por aquí varias veces. Lo he visto posarse en la cornisa de la fachada al anochecer."

¡Condenada criatura! Chula, ¿cómo puede soportarlo siempre tan cerca? ¡Ya se mete hasta la cocina! Ay, chula, ¿quiere que le ayudemos a ahuyentarlo?”

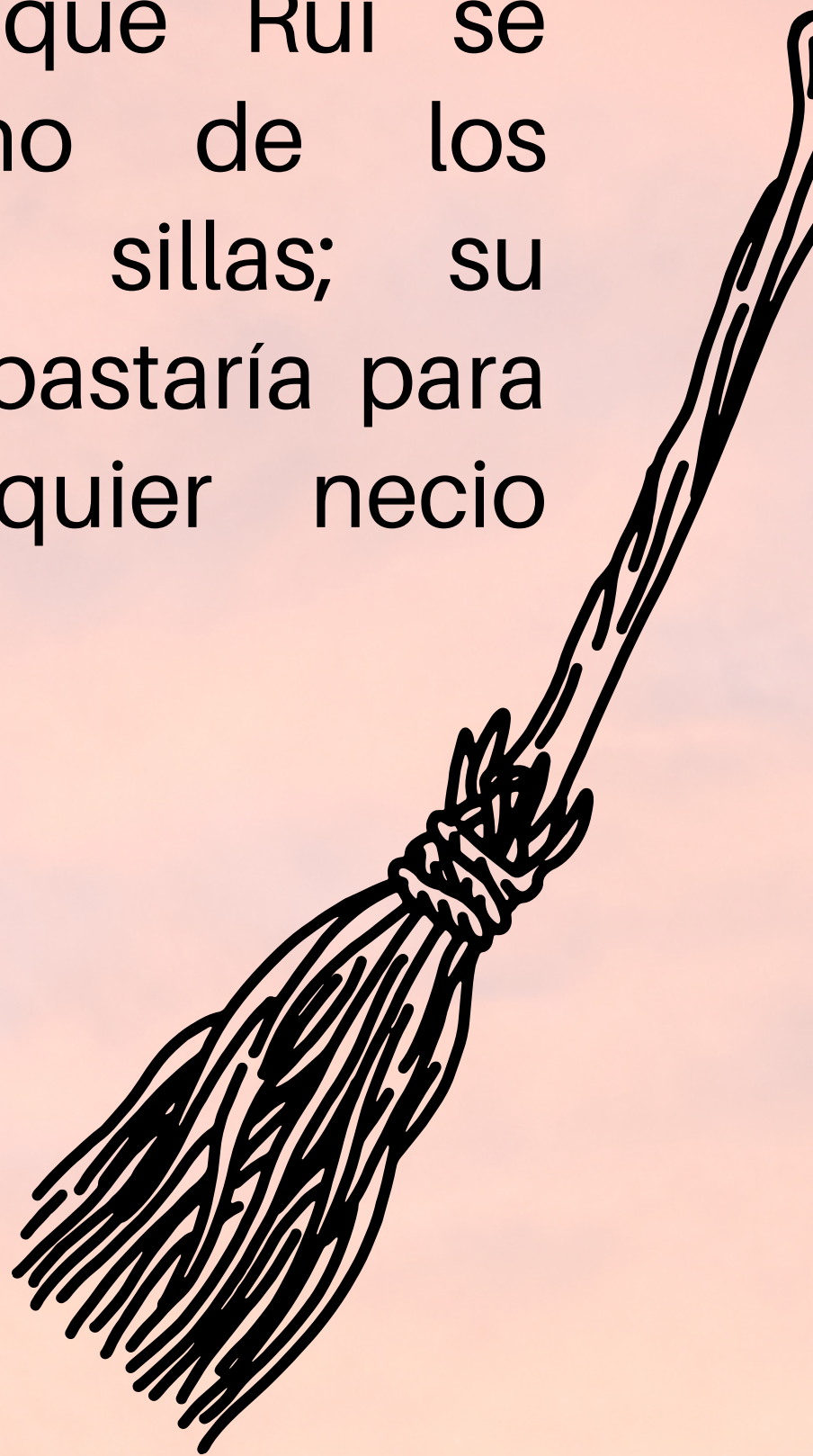
“Déjese de supersticiones, Don Augusto; no es más que un pobre animal y me ayuda a mantener el lugar libre de ratones, ¿o qué, quiere que un día le camine una rata entre los pies mientras come su arrocito?”, le espeto mientras recojo los platos ya vacíos de su mesa. El viejo no me discute más y la tarde procede como cualquier otra.

La tarde quizá lo sea, pero la noche no lo será.

Los últimos rayos de sol se filtran, moribundos, por las ventanas; sus destellos cobrizos caminan lentamente hasta desaparecer.

Los renuentes comensales se han marchado, inclusive los más insistentes en alargar la sobremesa hasta el crepúsculo. Si acaso alguno quedara, no dudaría en dejar que Rui se posara en alguno de los respaldos de las sillas; su penetrante mirada bastaría para ahuyentar a cualquier necio rezagado.

Finalmente, y después de barrer las migajas de la tarde, es hora de partir.



“Ven a mi hombro, antes de que me arrepienta”, afirmo en dirección del paciente tecolote, quien, sin pensárselo dos veces, aletea velozmente hasta posar sus poderosas garras en mi hombro.

El aire nocturno nos recibe con agradable frescor al tiempo que hacemos el ascenso por el indomable cerro.



Puedo sentir la luz de la luna sobre mi piel, que se eriza bajo su encanto. Luz de sol, de estrella, que se refleja en ella, la luna que hace su alquimia y la transforma en elixir para las criaturas de la noche.

Ya en la cima, nos reciben mis hermanas, hermosas, prestas a la ansiada noche de Luna llena, luna sanguínea, luna sagrada.

“Uuuu...”, el ulular de Rui es apenas un suspiro.

Su murmullo me recuerda a ese otro murmullo que ya no es lo que era.



De pronto, siento como si un rayo me recorriera la espalda; el mismo efecto que tenían sus murmullos en mi oído antes de que cayera rendido sobre mi lecho.

“Pobre tonto, Rui. Miserable imbécil. Si tan solo te hubieras portado bien”, le digo mientras me sacudo el hombro para quitarlo y comienzo a quitarme la ropa.

Debajo de la tela se me asoma la piel colgada, las incontables manchas, el pelo reluciente se me cubre de canas, los párpados me pesan de repente, y siento como si la vejez me diera vida en lugar de quitármela.

La apariencia de doncella puede agotar más que mis propios huesos cansados. Al menos, así, desnuda y vieja, puedo ser yo. Con todo lo que he visto y lo que sé.

Con los horrores, los amores, las decepciones y sus respectivas revelaciones. Soy y seré llamada cada vez que la Luna ensanche. Me entregaré a la noche como en cada aquelarre, y seré feliz, una vez más.

Si tan solo Rodrigo no me hubiera roto el corazón. Si tan solo no se hubiera ido a otro lecho. Ay, Rodrigo, mi Rui, no tendría pico, plumas y garras. Suspiro una última vez al tiempo que admiro sus ojos ambarinos, y casi en un murmullo, le digo,

“Vámonos, es hora de volar.”



En Guanajuato podemos encontrar la Cuesta del Tecolote. Un sendero en pendiente famoso por las figuras históricas que han caminado por él y cuyo nombre se debe a una curiosa leyenda, en la que una bruja, presentándose como una hermosa joven, convierte en búho a su amante después de verse traicionada.



Aunque la leyenda nos habla de una horrible bruja que ha hecho pactos con el diablo, disfruté de explorar sus posibles diálogos o pensamientos internos, entremezclarlos con los propios, y conectar con esa bruja que también vive en mí.

Fatima GalBos
para Exquisitas Letras